



Las reformas de la Alianza Atlántica, enumeradas someramente por Kissinger, son las reformas que convienen estrictamente a los Estados Unidos.

continente son «concesiones» para su desarrollo, la promesa de no causarle daño en Europa o en Asia y el vistazo placentero a su participación en el gran arreglo general de las cuestiones con el Este —al que siguen llamando «el adversario», como en los más gélidos tiempos—, pero reservándose muy claramente el papel de interlocutor principal. Es lógico. La Unión Soviética tiene mucho más que negociar con Estados Unidos que con Europa, y lo mismo China: desde los grandes temas nucleares, de los que tienen un monopolio real —la bomba atómica francesa, por muchas y muy justas protestas que suscite su ensayo en el Pacífico, es inexistente en comparación con las de las otras potencias, incluso como «disuasoria»—, hasta las relaciones industriales y comerciales. El Japón, que por esta cuña puede entrar en la Alianza Atlántica, es mucho más interesante para las naciones «adversarias» que la precaria Europa que existe hasta ahora.

EUROPA-atlántica ha acogido mal la propuesta de Kissinger, sobre todo París, y de una manera general el grupo del Mercado Común de Bruselas, que se ve así desafiado de una manera concreta. A pesar de la mala acogida, tendrá que plegarse a lo que se le pide o a lo que se le exige. No ha conseguido aún la suficiente independencia.

¿V a conseguirla alguna vez? Es difícil preverlo para un futuro próximo. Europa está demasiado dominada por los intereses y los capitales de los Estados Unidos, y los poderes son mucho más conservadores de lo que aparentan como para romper las estructuras actuales. En la conferencia de seguridad de Helsinki, en las reuniones internacionales como la de desarme, los países europeos se están limitando a seguir más o menos las orientaciones y las instrucciones de Washington. No tienen política propia. No hay en todo el continente un político capaz de enfrentarse, como lo hizo De Gaulle, al «desafío americano» —y aún lo hizo muy moderadamente—, y de una manera general al imperio americano. En crisis interna, en decadencia, en vía quizá de disolución, el imperio americano tiene la suficiente fuerza como para imponer toda vía sus conveniencias a Europa: sobre todo, si Europa está dirigida sobre todo por un triángulo —Francia-Gran Bretaña-Italia— de muy fuertes intereses conservadores. Otra cosa será, quizá, cuando la nueva izquierda, que está apuntando, se llegue a hacer cargo de los poderes principales, dentro de cinco, diez o quince años.

EL calendario de la reforma atlántica tiene ya algunas fechas previstas: unas reuniones de la OTAN, entrevistas privadas —de grupo— en Helsinki, al margen de la conferencia de seguridad, y, finalmente, cuando todo esté a punto, viaje de Nixon a Europa, antes de que el año termine, para una firma solemne y unos discursos retóricos.

LA CRISIS DE LA ENERGIA

DINERO, POLITICA Y GUERRA

En el invierno de 1972 a 1973, el ciudadano de los Estados Unidos pasó frío y tuvo dificultades para encontrar gasolina para su automóvil. Surgió la expresión "energy crisis", y no se ha vuelto a ir. Más que una crisis, parece una situación permanente. Una cierta época se ha terminado... En relación con esta dificultad de los Estados Unidos para aprovisionarse con los combustibles que necesita para su gigantesco consumo de despilfarro, está todo el noticiario actual del Oriente árabe: la posibilidad de apertura de un nuevo canal paralelo al de Suez, las amenazas de Arabia Saudita de no aumentar su producción y de disminuir sus exportaciones si los Estados Unidos no cesan en su ayuda a Israel, la reunión en Viena de los países productores de petróleo para subir los precios, están en relación con la crisis de energía en los Estados Unidos. En términos sencillos: la energía de los Estados Unidos depende de su capacidad colonizadora, en el subcontinente hispanoamericano, de donde recibe una gran cantidad de petróleo, y en el Oriente árabe. El subcontinente se sigue portando bien, pese a las nacionalizaciones chilenas y peruanas; por ejemplo, Venezuela aparece siempre como moderadora en la reunión de países exportadores y hace todo lo posible para evitar el aumento de precios.

El juego de los países árabes es más complejo. Es inútil mantener una idea distinta a ésta: ni Jordania, ni Arabia Saudita, ni los países del golfo, son en absoluto hostiles a los Estados Unidos. Libia, con su espectacular dirigente revolucionario Ghadafi y sus repetidas frases de ánimo y elogio a los revolucionarios y grupos guerrilleros mundiales, ha ejercido y sigue ejerciendo una política muy favorable a los Estados Unidos. Países como Arabia Saudita, Jordania y el propio Egipto tienen mucho más temor a una revolución propia y a las acciones de los desesperados palestinos, que al propio Israel. Cuando Arabia Saudita amenaza a los Estados Unidos, está en realidad aplacando a los palestinos, y quizá tratando simplemente de encarecer su producto. Los

guerrilleros palestinos volaron unos pozos de petróleo en el Líbano al día siguiente del ataque israelí a Beirut: era una advertencia a otros países árabes. Es cierto que Arabia podría vender su petróleo a otros países: lo pretende Japón, lo desea Europa. Pero tiene miedo a los Estados Unidos. Los Estados Unidos le dan protección contra sus propios revolucionarios y contra los países con tendencia socialista del Oriente árabe. Y, qué duda cabe, contra Israel. Podrían retirársela, podrían incluso influir de alguna manera para que fueran atacados por alguien... Los países petroleros tienen dos miedos: de las guerrillas, de los revolucionarios y de los Estados Unidos e Israel. Sus gobernantes, sus jefes, sus magnates, no tienen más interés real que el de poder seguir vendiendo sus barriles de petróleo. Entre estos dos miedos producen este noticiario alarmista, estos discursos tremendos. Como los de Sadat, que también guardan el equilibrio entre dos miedos: el de sus revolucionarios o sus extremistas y el de Israel. El miedo a lanzarse a la guerra y el miedo a no lanzarse a ella.

El petróleo ha aumentado de importancia. La guerra de Israel, el cierre del canal de Suez, han aumentado su valor; las nacionalizaciones americanas, también. Pero, sobre todo, el crecimiento de consumo en el mundo, y muy especialmente en los Estados Unidos, da en estos momentos al petróleo un carácter dramático. Sobre él se está especulando. Todo el noticiario de estos días tiene ese sentido. Fuera de esas claves, es equívoco, es ambiguo.

Ello no quiere decir que los Estados Unidos no tengan buenos motivos para apaciguar la situación; por el contrario, tienen muchos. Pero siempre que una posible situación de paz con Israel no volviese la angustia, la inquietud y el mal estar de los pueblos árabes contra algunos de sus gobernantes. Ahora desvían la causa del hambre y la miseria hacia Israel... ■ J. A.

(Sobre este tema, véase el trabajo «Petróleo: la gran sed americana», de Lucien George, en página 27.)